

LIBROS

Una poética mesetaria

La lírica castellana, devanada entre sonetistas áulicos, bercecos y venecianos de segunda y tercera mano, ha perdido todo contacto con la hirviente realidad del país, provocando una desbandada general de lectores. Frente a tal estado de cosas y partiendo de su insubornable marginalidad, tres jóvenes poetas, Agustín Delgado, Luis Mateo Díez y José María Merino, han recopilado y dado a la imprenta un "Parnasillo provincial de poetas apócrifos" (1), cuya explícita pretensión se define en el prólogo como "estrictamente higiénica y perecedera". En una primera impresión, el libro cuenta con todos los ingredientes para ser tomado por lo que no es. Desde el título hasta los mínimos detalles artesanales —portada entre antigua y delicuescente, papel de resma gruesa, impresión sepia—, desde el presbítero que rompe el fuego versificador hasta el epílogo didascálico del catedrático apócrifo, todo el conjunto requiere para su cabal entendimiento de la complicidad irónica.

A través del carácter lúdico que galvaniza los textos y a cubierto de la óptica humorística que los hace sugestivamente accesibles, el "Parnasillo..." arroja una reflexión entre sentimental y airada sobre la cultura marginal de nuestra posguerra. Alimentado de esa atmósfera provinciana de medio pelo, donde sobreviven atisbos y resabios de un patrimonio popular sistemáticamente defenestrado, viene a ser en este momento de ajuste de cuentas un indicio muy significativo. Frente a la estéril convencionalidad de los poetas oficiales de esta era —garcilánistas hibernados, socialrealistas impenitentes, novísimos, ultranovísimos, etc.—, los apócrifos

(1) Ediciones Papalaguinda Poética. Madrid, diciembre de 1975. 106 páginas.



Agustín Delgado, Luis Mateo Díez y José María Merino: poetas y recopiladores.

provinciales recopilados para la ocasión bucean por debajo del engolamiento de aquéllos, saltándose a la torera sus fórmulas intocables en busca de un mundo más real y auténtico, entregándose con regocijo al disparate métrico o regodeándose en la temática más espúrea. A este respecto, no cabe olvidar que el "Parnasillo..." surge incardinado en una tradición de apócrifos que en nuestra literatura contemporánea puede seguirse desde Antonio Machado hasta las "Cartas de negocios de José Requejo", de Agustín García Calvo, tradición que si bien ostenta muy diversa intencionalidad en cada caso, siempre mantiene su preocupación ejemplarizante. En este sentido, los vates recopilados se erigen en aguja de navegar cultos, al reflejar en sus coplas volanderas las muchas miserias y poco genio de los ejercitantes de la cultura de verdad, restregándoles por los morros sus grotescas manías versularis.

Junto a esta dimensión sociológica, el "Parnasillo..." aporta una peculiar poética, coherente en cuanto tal con la trayectoria literaria de Agustín Delgado, Luis Mateo Díez y José María Merino, sus autores. En pocas palabras, podría decirse que estos poetas apócrifos se ofrecen como paradigma de una cultura alejada del mecenazgo metropolitano y de las tutelas locales, predicando con el ejemplo el desprecio hacia las consignas de cualquier orden.

Precedido de un prólogo-exordio, a cargo de Antimio Rabanal Regalado, en el que se explican por extenso los propósitos y líneas generales del empeño, el "Parnasillo..." acoge en sus páginas las exudaciones ver-

siformes de 25 autores, con cumplida representación de la lírica de retrete o de los romances festivos, adjuntando como descabulado corolario un epílogo en el que el catedrático pedáneo Solutor García de Polvazares arremete contra los poetas amparados en páginas anteriores, a la vez que proclama la inmarcesible grandeza de Campoamor, el divino de Navia. Del romance de ciego a la desolada lamentación del cornudo, de la copla rijosa al prurito veneciano, todos los registros poéticos son cultivados por estos vates escaldados, patéticos o cachondos. No faltan, junto a tan exaltadas composiciones, ni el cultivo de la temática religiosa, ni la balada nostálgica o la reflexión sobre el propio maleficio de poeta. Con significativa frecuencia, estos vates perdularios y marginales afinan su ingenio en increpar a las corrientes y compañeros de más audiencia, no sabe uno si movidos por el resentimiento o por simple afán justiciero. En el conjunto del volumen destacan poderosamente las biografías de los poetas recopilados. Oscilando entre el quiebro esperpéntico y el mero apunte documental, sirven para instalar cada peripezia particular en el ámbito indolente y opresivo de la provincia, al presentarnos al poeta de turno debatiéndose entre la vaciedad del medio y la inescuizable vigilancia por parte de las fuerzas vivas.

El cuidado y buen gusto que adornan el libro, siempre muy apreciables en ediciones poéticas, merecen especial estimación en esta ocasión, por tratarse de una cooperativa editorial sufragada por los propios autores. ■ ERNESTO ESCAPA.

Opio

Una de las drogas con mayor tradición literaria, aparte del alcohol, es el opio, la sustancia exótica por excelencia; si nos olvidamos de las menciones que de él se hacen en la literatura oriental y nos centramos solamente en los siglos XIX y XX, antes de la aparición de los alucinógenos, encontraremos que este veneno ha tenido entre las clases cultivadas, en Inglaterra, Alemania y Francia, un gran número de aseguradores, que nos han prevenido contra sus terrores y nos han cantado sus excelencias. En el continente, en Francia y en Alemania sobre todo, los románticos descubrieron en el opio una llave para las puertas de los paraísos artificiales. Más adelante, Cocteau trazó los perfiles verdes de un universo transfigurado por la droga: sus personajes, sus paisajes, su mismo ingenio, se ven dotados de mágicas transparencias, achacables al veneno. "Opio" (1) es, en este sentido, un libro modélico: está escrito —y dibujado, pues el talento expresivo de Jean Cocteau se encontraba estrecho en la cárcel de la palabra, y necesitaba también de la imagen— durante una de las muchas curas de desintoxicación que sufrió el poeta; sin embargo, hay pocas alusiones en él a los efectos del veneno o de la carencia de éste: el opio se convierte en verdadero protagonista de la atmósfera, y los dibujos tubulares y extraños de Cocteau son como una multiplicación monstruosa y tentacular de los tubos de las pipas donde se

(1) "Opio", de Jean Cocteau, ha sido reeditado hace un par de años, en castellano, por Ediciones Felmar, en su colección "La Fontana Literaria".

quema la sustancia negra. Mucho más importante que la homosexualidad de Jean Cocteau, de lo que tanto se ha hablado, resulta su adicción —nunca curada del todo— al opio: esa fascinación por los espejos —narcisismo que está a un paso del solipsismo—, por la muerte —que surge del espejo, del abismarse en sí mismo—, la frialdad absoluta y casi etérea que baña su obra entera, son producto del opio.

Otro opiómano ilustre fue Thomas de Quincey: erudito inglés del siglo XIX, comenzó a utilizar la droga como analgésico, para aliviar los dolores que le producía un dolor de muelas reumático. Poco a poco, y a lo largo de años, su adicción fue aumentando, convirtiéndose en doble fuente de horror y éxtasis para aquel hombre extraño y torturado, al que podría considerarse —por su incansable colaboración en revistas y periódicos, así como por su vasta erudición— el inventor de los reportajes literarios y científicos. Quincey pudo analizar su adicción en un trabajo bastante lúcido, "Las confesiones de un comedor de opio inglés" (2). Este largo ensayo autobiográfico, precursor en cierto modo de los trabajos psicoanalíticos, no se limita a ser un recuento de visiones de droga, más o menos poetizadas,

(2) Existen varias ediciones en castellano de "Las confesiones de un comedor de opio inglés": la de "La Fontana Literaria"; la de Seix Barral, dentro de un tomo de "Obras escogidas" de Thomas de Quincey, y la más reciente: "Confesiones de un comedor de opio inglés", traducido por Horacio Quinto. Producciones Editoriales, S. A., colección "Star-Books".



Jean Cocteau.

sino que en él analiza el autor todas las circunstancias de su vida peculiar, y describe con bastante realismo la existencia en la Inglaterra del XIX, consiguiendo de ese modo proporcionar al lector atento un análisis de las causas que le llevaron a utilizar la droga.

En el siglo pasado, el opio —y el láudano, licor medicinal a base de opio— era en Inglaterra una droga popular, mucho más popular que el alcohol, por más barata. Los trabajadores se gastaban sus jornales los sábados en proporcionarse una fugaz borrachera que les hacía olvidar las infrahumanas condiciones de vida a que se veían sometidos. Puede decirse que la gran moda del opio se debe, en gran parte, al imperialismo británico, que facilitó y abarató su adquisición en Oriente, y a la revolución industrial, que hizo de los trabajadores seres presas del sufrimiento y necesitados de evasión.

El opio —la droga en general— sigue siendo problema; ahora son los alucinógenos, o ese derivado del opio mucho más nocivo que es la heroína. Sin embargo, hay un problema que subyace al de la droga, que le da su fuerza: el sufrimiento, la inadaptación, el malestar producido por una sociedad aberrante. Todo esto se ve claramente en la obra maestra de Thomas de Quincey. ■

EDUARDO HARO IBARS.

Estructura e Historia

Si la vida intelectual europea de los cincuenta estuvo dominada por el apasionante debate entre el marxismo y el existencialismo sartriano, la década siguiente conocerá la rápida expansión de un movimiento que, situado inicialmente a un nivel epistemológico, irá transformándose en un discurso antihumanista de fuerte contenido ideológico. El estructuralismo, enraizado en la lingüística y la etnología, acabará invadiendo todos los campos del saber y dará origen incluso a una nueva lectura del marxismo: la althusseriana.

Es verdad que en los dos o tres últimos años, la "moda estructuralista" ha ido poco a poco cediendo terreno y que los

debates al respecto han perdido buena parte de su original virulencia; sin embargo, muchos de los problemas entonces suscitados continúan en pie. De ahí la oportunidad de un texto como el de Maurice Godelier, que, con el título de "Funcionalismo, estructuralismo y marxismo" (1), viene ahora a aclarar ideas y despejar ambigüedades.

Godelier centra su análisis en las ideas que de la noción de "estructura" tienen el empirismo funcionalista, por un lado, y el estructuralismo y el marxismo, por otro.

Un funcionalista ortodoxo como Radcliffe-Brown concibe la estructura social como la "disposición de las personas en unas relaciones definidas y reguladas institucionalmente"; es decir, con referencia al aspecto visible de lo real y a las teorías que los actores sociales tienen respecto de sus reciprocas relaciones. Para Lévi-Strauss, por el contrario, la estructura no se manifiesta en las relaciones directamente observables, sino que es una especie de orden subyacente. Es precisamente esta lógica profunda lo que el antropólogo o el sociólogo han de tratar de explicar sirviéndose de modelos que no serían, en cualquier caso, meras construcciones teóricas, tal y como los concibe Leach, sino que corresponderían a una "realidad" fuera de la mente del observador.

Ahora bien —señala Godelier—, tal noción de "estructura" coincide de modo sorprendente con las tesis expuestas por el propio Marx en "El capital".

También para Marx, el científico no debe fiarse en ningún caso de las representaciones espontáneas de los individuos, es decir, de sus propias teorías en torno a la realidad social. Así, por ejemplo, un concepto como el de salario escamotea la relación real entre el capital y el trabajo. Al igual que Lévi-Strauss, Marx señala la necesidad de descubrir la "forma nuclear interior" de las relaciones económicas. Resulta fácil establecer una analogía entre esa "forma nuclear interior" a que alude "El capital" y la "estructura" tal y como la concibe Lévi-Strauss.

Por desgracia, ese fructífero paralelismo cesa en cuanto se

(1) Cuadernos Anagrama. Barcelona, 1976. Traductor: Joaquín Jordá.

trata de analizar la relación entre estructura e historia. Godelier señala a este respecto lo discordancia existente entre la teoría claramente marxista que señala la estrecha dependencia entre transformaciones ideológicas y transformaciones sociales en "El pensamiento salvaje", y las tesis posteriores del propio Lévi-Strauss en torno al carácter contingente de los acontecimientos históricos.

Godelier explica esta incapacidad del análisis estructural para "abarcar la historia" por el modo unilateral como enfoca Lévi-Strauss las relaciones de parentesco; así se fija única-



Claude Lévi-Strauss.

mente en las formas que adoptan esas relaciones en los distintos tipos de sociedades con vistas a integrarlas en un sistema único y totalizador, descuidando el aspecto funcional del problema, es decir, la manera en que esas relaciones de parentesco se articulan con las restantes estructuras para formar sistemas sociales concretos.

Para Godelier, eso es precisamente lo que puede hacer un marxismo convenientemente depurado de toda ganga dogmática: descubrir, más allá de las meras formas, las condiciones necesarias para la aparición, transformación y desaparición de las estructuras sociales; estudiar la sociedad a partir del modo de producción y reproducción de su vida material. Sólo así se logrará conciliar por fin estructura e historia. Y el nudo gordiano quedará resuelto. ■

JOAQUÍN RABAGO.